

dad absoluta; si no, es imposible tenerlas como convicciones. Gutiérrez Estrada será siempre respetado, porque fué un sincero, y su sinceridad no sólo se comprueba por su fisonomía moral, por su carácter, por su acento, digámoslo así, sino por su desinterés, por su carencia absoluta de ambición: Gutiérrez Estrada nunca fué un ambicioso; Almonte sí lo fué, no fué otra cosa.

☞ Toda su agitada vida política en los años centrales del pasado siglo lo demuestra; hombre no poco inteligente y muy culto, desempeñó una misión importante en los Estados Unidos antes de la guerra, procurando retardar la admisión de Tejas entre los Estados componentes de la Unión, lo que nosotros, con gran imprevisión quizás, habíamos declarado de antemano un *CASUS BELLI*; después entró aquí en las intrigas políticas de la época de Paredes y Arrillaga y de Santa Anna; fué, á pesar de ser ministro, completamente adverso á la desamortización parcial decretada por Gómez Farías para hacer frente á la guerra norte-americana y después de la paz luchó enconada, solapadamente contra Herrera, que era el tipo del gobernante probo, y contra Arista que, con ejemplar honradez de conciencia cívica, había abandonado su exclusivo militarismo de antaño para tratar de fundar un verdadero gobierno civil en Méjico. Cuando Comonfort envió á Almonte á Europa, éste rumiaba ya el proyecto de la intervención europea. Cumplió mal con los encargos que le confiara el Gobierno constitucional, y puede decirse que sólo fué ministro de la reacción capitaneada por Zuloaga y Miramón. Entonces comenzó la conspiración de que hablábamos. El emperador francés, con quien Almonte se había procurado ciertas conexiones, facilitó una aproximación entre Méjico y España, de donde resultó el tratado Mon-Almonte que, para quien conocía el estado de la lucha de los partidos en Méjico, no era otra cosa que el prólogo de una intervención. Así lo entendió el partido reformista y por eso anatematizó la obra y el autor. Almonte desde entonces fué ostensiblemente el jefe de la conspiración; Gutiérrez Estrada representaba en ella la idea; Hidalgo, la intriga diplomática; Labastida, la connivencia del clero mejicano; el padre Miranda, la acción interior en Méjico, la connivencia de los jefes reaccionarios; Almonte, la acción exterior, la intervención segura de España, probable de Francia, posible de Inglaterra. En torno de este núcleo se agitaba una nube de aspirantes, de proscriptos, de especuladores altos y bajos: á la cabeza de las aves de presa había un halcón imperial: M. de Morny.

☞ ☞ ☞

☞ La actitud de nuestro Gobierno era por todo extremo correcta, diplomáticamente considerada; como dijimos ya, Sir Ch. L. Wyke, poco después de la ruptura de Julio, había entrado en conversaciones cada vez más íntimas con nuestro ministro Zamacona, que había sabido imprimir á las relaciones personales entre el gabinete mejicano y los representantes extranjeros cierto sello de sociabilidad y buen tono que no había podido ser el rasgo dominante de la época de ásperas borrascas internacionales que venía capeando nuestra nave desde el

triunfo del plan de Ayutla hasta la suspensión de pagos. Se encomendó, como sabemos, á un abogado liberal y probo, de ideas políticas radicales, pero de carácter perfectamente sereno y bien equilibrado, nuestra representación cerca de Napoleón III.

☞ Cuando el Sr. de la Fuente llegó á París al mediar el sesenta y uno, todo estaba hecho, todo estaba consumado. El *PENSAMIENTO* intervencionista, viejo como era, se había convertido en *PROPÓSITO* en España, no precisamente por la expulsión del embajador Pacheco, lo que poco á poco fué pareciendo cosa baladí al ministerio que presidía el flamante duque de Tetuán y en el que desempeñaba la cartera de Relaciones Calderón Collantes, sino por la resolución firme del Gobierno mejicano de no reconocer la validez del tratado Mon-Almonte. Ahora bien, este reconocimiento era en Madrid la condición *SINE QUA NON* de todo avenimiento definitivo con nosotros; era un *IN PACE*, España lo sabía bien y se preparaba á una expedición á las costas mejicanas, como quien se prepara á una aventura, con mucha elocuencia, muchas evocaciones del pasado, mucho Hernán Cortes y mucha civilización cristiana, pero en el fondo mucho miedo á los Estados Unidos y mucho propósito de no comprometerse, sino llevando de conserva una escuadra francesa, cuando menos.

☞ Todo lo vió claro el Sr. de la Fuente y comprendió desde luego lo rudo de la batalla que iba á librar, mas todo su programa se concentraba en este fin: separar la causa de España (con la que le parecía la guerra inevitable y hasta deseable) de la de Inglaterra y Francia. Respecto de Inglaterra, este objeto le parecía de fácil alcance, puesto que las inclinaciones británicas estuvieron siempre del lado de los liberales, máxime ahora que el conde Russell, montado en su caballo de batalla de *LA LIBERTAD RELIGIOSA*, debía estar convencido de que ese *DESIDERATUM* sólo por los reformistas podía ser realizable. Además, desde que salió el Sr. de la Fuente, su convicción acerca de un tratado para obtener subsidios de los Estados Unidos, con lo que conquistaríamos la quietud de *LOS TENEDORES DE BONOS*, era casi plena; dependía de que los americanos tuviesen la seguridad de que el peligro de la intervención europea era inminente; *LOS STATESMEN* americanos pasarían entonces de los dichos á los hechos y tendríamos dinero.

☞ La incógnita era Francia; lo que allí había era un equis psicológica que nuestro ministro, por hábil que fuese, no tenía datos para despejar. El más serio de los historiadores del segundo imperio ha escrito:

☞ «No hay uno solo de los proyectos de Napoleón III, cuyos gérmenes primeros no estén implicados en las meditaciones de la cautividad ó los escritos del destierro. Allí aparecen vagamente toda suerte de ideas comenzadas antes bien que llevadas á término, imaginadas mejor que precisadas y que después de largos años de somnolencia despertaron en los días de la omnipotencia, pero sin destacarse por completo del ensueño y guardando hasta en sus realizaciones más positivas algo de las sombras flotantes en que se ocultaban al nacer. En 1846, cuando Luis Napoleón todavía estaba en su prisión del fuerte de Ham, su mirada, tanto más ávida cuanto más estrechamente le estaba circunscrito el espacio, se había dirigido con particular solicitud hacia la América Central. El fruto

de estos estudios fué un trabajo muy sugestivo para quienquiera que estudie los negocios mejicanos. El príncipe proclamaba la urgencia de construir un canal para unir los dos océanos y, después de discutir diversos proyectos, optaba por un trazo á través del istmo de Nicaragua. Lo más importante no era la discusión técnica, aunque estaba copiosamente documentada, sino el comentario que la acompañaba. Escapándose de su prisión y atravesando el espacio, mezclando fuertemente por hábito las estadísticas más rigurosas y las fantasías más quiméricas, Luis Napoleón hacía el inventario de las riquezas que ocultaban esas comarcas desconocidas ó al menos inexploradas. Con un extraordinario poder de imaginación, veía ciudades, aldeas, granjas, fábricas surgiendo de repente del desierto. Ensalzaba la fertilidad del suelo, apropiado para todas las producciones, las de los trópicos en las tierras bajas de las costas y, en las alturas, las de los climas templados. Sobre todo, esas regiones le parecían como señaladas para un destino providencial. Entre la América del Norte conquistada por la raza germánica y la América del Sur poblada por la raza latina, se extendían territorios que, por la apertura del istmo, se convertirían en un lugar de tránsito para el comercio del mundo entero. Llevado el príncipe en las alas de su imaginación, se figuraba «una nueva Constantinopla» surgiendo en los límites de las dos Américas, como la antigua Bizancio en los confines de Europa y Asia. ¡Feliz quien, estableciéndose en este punto del globo, pudiese cimentar el equilibrio americano, como antiguamente se había cimentado el equilibrio europeo, vigorizando de un lado la raza latina debilitada y conteniendo por el otro á la raza anglo-sajona desbordante! Tal era el folleto de 1846. Luis Bonaparte rara vez abandonaba sus pensamientos; se contentaba con almacenarlos silenciosamente y, á la hora menos esperada, los sacaba de su cerebro. ¿Es temerario creer que Napoleón emperador recordó las especulaciones de Napoleón prisionero? Subid cuatro ó cinco grados de latitud; decid ISTMO DE TEHUANTEPEC en vez de ISTMO DE NICARAGUA, y el ensueño de la América Central se convertirá en el de Méjico.»

☞ Coincidía con este modo de formular la gran quimera de contener los avances de los anglo-americanos, por medio de un Méjico reconquistado por los latinos de Europa, este pensamiento del bravo aventurero Raousset Boulbon, que escribía poco antes de ser fusilado en Sonora : «La regeneración de Méjico es una necesidad política de primer orden... porque precisa una barrera contra los Estados Unidos. Pero Méjico no puede regenerarse sino por la conquista; y no os asombréis de saber que al decir esto pienso en todo cuanto se llama Méjico; no me atrevo á decir que este pensamiento entre en mis planes, pero está en la fuerza de las cosas. Tengo la convicción de que mi obra personal, el establecimiento de los franceses en Sonora, sólo será el primer paso de Francia hacia la ocupación de todo este magnífico país.»

☞ Los acontecimientos de Méjico, sumados con los de los Estados Unidos del Norte, ejercieron una poderosa sugestión en el ánimo perfectamente preparado del Emperador para dejarse tentar por la inmensa aventura transatlántica; aquel hombre quería, sin el genio ni la voluntad de su tío, pero con idéntico don de

concebir designios gigantescos de imprecisos contornos, hacer algo tan grande como lo que el tío concebía y más duradero porque no encontraría enemigos al zanjar los cimientos de la obra. Ya por esta época (comienzos del sesenta y uno) M. de Morny había entrado en campaña. Granier de Cassagnac ha revelado sus exigencias, sus terribles exigencias con el Emperador; éste, así como la reina Hortensia se había dejado seducir por el exquisito porte de M. de Flahaut, padre de Morny, se dejaba cautivar por el talento, el SAVOIR FAIRE y el encanto de maneras de su hermano, que con tanta habilidad como audacia lo había ayudado en el COUP D'ÉTAT, si no sugerido, sí determinado por él. Se sentía débil para resistirle, y como no podía acceder al gran empeño de declararlo príncipe imperial, lo que habría equivalido á imperializar el deshonor de su madre, cedía en todo, en casi todo lo que ambicionaba. El napoleónida y el adulterino eran un par de aventureros, formidablemente ambiciosos, pero había entre ellos una diferencia notable; el César tenía ideales, embrollados ideales de despotismo y socialismo, de democracia y cesarismo, de autoritarismo férreo y de libertad de los pueblos, de admiración por la raza germánica (la reina Victoria lo encontraba más alemán que francés) y de quimeras de preponderancia latina; y decimos ideales embrollados, mas no contradictorios, porque todas estas cosas hacen más camino juntas de lo que se imaginaría á primera vista. El otro no; Morny siempre había sido negociante, en plena vida de gran mundano se metió hasta el cuello en la vida industrial; su abuela, que era una burguesa escritora y embajadora de Portugal, lo había hecho á un tiempo un hombre completo de sociedad y un mercader ávido. Ya lo hemos dicho, Morny era eso sobre todo : un ávido; el poder no era para él más que un modo de aumentar su riqueza, su riqueza no era más que un medio de proporcionarse goces refinados de lujo artístico y de voluptuosidades incontables; frío egoísta, frío hasta la medula de los huesos, desempeñaba á maravilla su papel de semi-liberal y de protector de las artes; Petronio en tiempo de un Nerón sin crueldad, es decir, de un Adriano. ☞ Lo cierto es que fué su plan de buscar en las anarquías inexpiables de Méjico una mina de riqueza, un elemento de primera importancia en los propósitos de Napoleón III; este plan le fué sugerido por los allegados de Juan Bautista Jecker, el fallido que había celebrado un contrato ominoso de ruina con Miramón bamboleante, y tan rápidamente ganó terreno en el ánimo del futuro duque, que Saligny, ya lo vimos, vino á Méjico perfectamente aleccionado para ejercer sobre el Gobierno mejicano toda la presión posible con el fin de poner en términos de arreglo el pseudo-crédito Jecker. Si el Gobierno mejicano hubiese podido ponerse al tanto de estas complicaciones que sólo empezaron á conocerse en principios del sesenta y dos, ¿qué habría podido hacer? Reconocerse deudor del banquero suizo equivalía á suicidarse para la opinión mejicana y ponerse probablemente en el caso de tener que acatar un veto humillante de Inglaterra y los Estados Unidos; las cosas tenían, pues, que seguir su curso fatal, y el eterno plañido de los proscritos y emigrados mejicanos encontró toda la simpatía del Presidente del Cuerpo legislativo, cuyos labios estaban siempre al nivel de los oídos de su imperial hermano. Ya lo sabemos, la correspondencia de los deudos de Jecker

publicada por el Gobierno mejicano y por el americano en 63 del pasado siglo y la carta de Jecker dada á la estampa por el mismo Gobierno francés después de la caída del Imperio, no dejan lugar á duda sobre este punto : Saligny provocó la Intervención con sus peripecias pavorosamente trágicas, para proporcionar á Morny un POT DE VIN (un POT DE SANG, debería decirse) de 15 ó 20 millones de francos.

¶ La psicología, insistimos, de los obstinados ensoñadores del tipo de Napoleón III, muestra que una vez entrados en el radio de acción de sus espíritus, toda objeción, todo argumento en contra, todo dato radicalmente opuesto á sus deseos, se transforma y convierte en elemento coadyuvante; se les presenta la verdad y ellos creen ver, por encima de ella, la verdad verdadera. Napoleón creía, no sin razón desde un punto de vista, que Méjico era un país rico por extremo (Humboldt había divulgado en el público ilustrado de Europa este concepto, cierto físicamente considerado, absolutamente inexacto bajo el aspecto económico), y cuando decía á Maximiliano : «Doy á V. M. un trono sobre un montón de oro», no se figuraba hasta qué punto ese oro era el del tesoro francés; sólo él vertido á torrentes podía, si acaso, hacer que el oro mejicano fuese de veras una riqueza, transmutándose en paz y en vías de comunicación, sin lo que nuestra riqueza era virtual y no real. De ese concepto erróneo de nuestra riqueza no era fácil sacar al príncipe, y cuanto se dijo sobre la espantosa exigüidad de las rentas mejicanas, se convertía en la mente de Napoleón en una demostración de la necesidad de pacificarnos por la fuerza, para poner esas rentas en relación con nuestro inmenso capital natural. Ello era muy sencillo, ya está dicho : pacificarnos. El conde Walewski, otro napoleónida (hijo de Napoleón I y la condesa Walewska), ya en 1858 decía al embajador de España en París : «¿Qué medio podría emplearse para asentar una autoridad estable en Méjico? ¿Qué sistema sería bueno preconizar y seguir?» La preocupación ya era entonces política con toda evidencia; el imperialismo de Napoleón III no era industrial ni mercantil, sino en segundo término; era una cuestión de raza, de dominación, era el cesarismo tendiendo á ser internacional, siguiendo la ley de su propia evolución. La marmita mental del jefe del Gobierno francés entró en plena ebullición con los informes de Saligny que, sobre todo cuando perdió toda esperanza de salvar el crédito Jecker, convirtió, con la más amarga pasión, todo su esfuerzo en obligar al Emperador á desenvainar la espada de Francia para convertir á una República en Monarquía. Todos esos informes de Saligny en que se abultaban los hechos ó se agrupaban los de épocas distintas con pérfido artificio ó se adulteraban con un cinismo de pirata disfrazado de diplomático, pueden condensarse en este mensaje enviado pocos días antes de la suspensión de pagos de Julio : «El Gobierno del Emperador, decía el plenipotenciario, reconocerá, no cabe duda, la urgente necesidad de hacer respetar á todo riesgo nuestros intereses (era tan insignificante nuestra deuda con Francia, que no valía la pena de mencionarla al lado de la inglesa, sobre todo) y nuestro honor (en M. de Saligny el honor del Imperio francés no podía ser menos respetable...). SÓLO LA FUERZA puede obligar á este Gobierno á cumplir sus COMPROMISOS con nosotros.» No teníamos nin-

guno que fuese de mayor precio que los huesos de un solo soldado mejicano ó francés.

¶ Y mientras el enjambre de conspiradores iba y venía zumbador y ponzoñoso en torno de Isabel II y de la emperatriz Eugenia (y ya del archiduque austriaco), dos noticias, llegadas casi simultáneamente á Europa, determinaron el paso de la idea al hecho.

¶ Alentado por un triunfo parcial de Mac Clellan, decía el Sr. Romero, en principios de Agosto : «El cuerpo del ejército federal que ocupa la ribera derecha del Potomac y que estaba á las órdenes del general Mac Dowell decidió marchar al interior del Estado de Virginia y atacar al grueso del ejército enemigo que estaba fortificado en un punto llamado Manassas Junction. El 16 de Julio salió el general Mac Dowell de sus posiciones y ocupó la aldea de Fairfax y después á Centerville, sin oposición de las fuerzas del Sur, que abandonaron ambos puntos. El 18 avanzó parte del ejército hasta Bull's Run, en donde estaban unas baterías cubiertas que formaban las primeras obras de defensa de los disidentes. Se trató de desalojarlos de esas baterías, aunque sin éxito alguno. Conociendo las ventajas de la posición del enemigo, el general Mac Dowell determinó atacarla con el grueso de su ejército, y así lo hizo el día 21. El combate duró nueve horas, durante las cuales se asegura que ambas fuerzas pelearon con mucho valor; pero al cabo de ese tiempo entró la desorganización en las filas federales, y á poco se convirtió en un pánico tal, que el ejército en masa se retiró del campo de batalla en el más completo desorden, arrojando los soldados sus armas y vestidos, tirando los arrieros las municiones y víveres que había en los carros que formaban el bagaje del ejército, para aligerarlos y correr más aprisa, y quitando otros las guarniciones á los caballos que tiraban los carros, para salvarse en ellos. Las fuerzas del Sur, que habían sufrido pérdidas considerables, creyeron que la retirada del enemigo era un movimiento estratégico (quiso decir una estratagema) y no lo persiguieron. En la misma noche del día de la acción y en la mañana del siguiente estuvieron llegando á esta ciudad (Washington) los dispersos que tomaron este camino. El ejército, que se componía de treinta á cuarenta mil hombres, quedó destruido enteramente; casi toda su artillería y sus trenes cayeron en poder del enemigo y ni siquiera pudo salvar sus propios heridos ni recoger sus muertos. La pérdida que el Gobierno de los Estados Unidos ha sufrido con el descalabro de Bull's Run es inestimable, física y moralmente hablando.»

¶ Con esta noticia, la opinión de LOS HOMBRES PRÁCTICOS en Europa se afirmó ó se confirmó. Los más favorables al Norte creían que ninguna de las dos facciones se sobrepondría definitivamente á la otra y que todo acabaría por una transacción entre una república yankee y otra esclavista. Sólo unos cuantos idealistas, de estos á quienes los sucesos dan razón á la larga, continuaban esperando el triunfo de la causa de la libertad humana, y los había en todos los partidos: Víctor Hugo, Garibaldi, Quinet, Mazzini, Monseñor Dupanloup, Guizot, Kosuth y todo el joven partido liberal inglés, el que acababa de triunfar con Cobden en la cuestión del FREE TRADE con Francia.

¶ Era, pues, el momento de obrar; para Napoleón había una sola condición